



EN EL SUR ESTÁN LAS PALMERAS
II

Francisco Royo Vilanova

EN EL SUR ESTÁN LAS PALMERAS
II



Primera edición: octubre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Royo Vilanova

ISBN: 978-84-10400-50-4

ISBN digital: 978-84-10400-51-1

Depósito legal: M-21255-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis queridos nietos

Índice

Palestina, tierra del Esperado	11
Camino del sur.....	127
Tierra de palmeras.....	173
Río y palmeras	209
Retorno a la tierra prometida	245
El primer viaje	295

Palestina, tierra del Esperado

Habían cabalgado durante horas sin detenerse hacia la tierra de los judíos, hacia occidente; era el camino que les había indicado la estrella. Los cuatro jinetes continuaron por la ruta que tenían trazadas las caravanas, pero no por ello la pendiente que había hacia la depresión del Jordán era menos desafiante. Esa era la dirección hacia la grandiosa y anhelada ciudad de Jerusalén. El camino transcurría a través de un *wadi* muy seco, una vía habitual que inevitablemente los llevaría hacia la cercana Perea, territorio situado en la orilla occidental del río Jordán. Allí debían cruzar cerca de una aldea llamada Betania. Durante el descenso, los viajeros sintieron un aumento brusco de la temperatura ambiental motivada por la gran depresión del terreno hacia donde se dirigían. Desde algunos puntos del recorrido, pudieron ver a lo lejos, a través de la densa atmósfera que creaba una especie de niebla, una vasta mancha azulada que correspondía a un mar situado hacia el sur que la gente de la zona llamaba el mar de Lot. Más adelante, divisaron otra mancha verdosa en medio del desierto; era Jericó, el oasis hacia donde se dirigían, por donde irremediablemente debían de cruzar, pues era la mejor ruta para dirigirse hacia Jerusalén. Durante aquel trayecto, se encontraron con numerosos viajeros que iban o venían en pequeños grupos desde Palestina hacia el país vecino de Moab.

La tarde había caído cuando los viajeros alcanzaron la orilla del río Jordán, que debían vadear. Sus tranquilas aguas no pusieron resistencia alguna.

—¿Por dónde lo vamos a cruzar? —preguntó el joven Hasán.

Hasán era un jovencito moreno con rizos rebeldes de apenas doce años que actuaba como criado en la pequeña caravana. Sin embargo, su verdadera identidad era la del príncipe Hafez, heredero del trono de Persia. Este largo viaje, que tuvo su inicio en Ec-batana, la capital persa, lo emprendió clandestinamente disfrazado de criado sin el conocimiento ni permiso de su padre, el rey Hafez. La gran admiración que sentía por el líder del grupo, el mago y sacerdote persa Tamir Ben Tasar, le impulsó a aventurarse en este viaje y fue posible gracias a la ayuda de su fornido escudero Dasir Nemelec.

En principio nadie le respondió, pero al poco lo hizo Dasir, el fornido guerrero que viajaba en el grupo como protector.

—¡Por allí! —dijo señalando un tramo situado apenas a 150 metros.

—¿Por allí? ¿Crees que es el mejor sitio? —le preguntó dudando Hasán.

—Sí. No hace mucho he visto pasar por aquella zona un pequeño grupo de gente con sus animales, y luego se han dirigido hacia la aldea —dijo Dasir señalando un minúsculo poblado situado ya en territorio de Perea.

Dasir era un soldado fornido de proporciones sobresalientes al que, desde hacía años, le fue asignada la misión de ser el fiel escudero protector del príncipe Hafez, el joven que ahora se hacía llamar Hasán. Este fornido y moreno personaje siempre iba armado hasta los dientes. Entre todas las que llevaba destacaba una enorme espada curvada, cuyo manejo era difícil para otra persona que no fuera él.

Entonces intervino Tamir, el jefe de la expedición. Este era un apuesto y prometedor sacerdote mago persa de unos veinticinco años. A pesar de su juventud, en la corte de Persia actuaba como sacerdote y mago en el gran templo zoroastriano. Además, era astrónomo y un erudito en diversas materias; en ocasiones, incluso aconsejaba al propio rey y desvelaba sus enigmáticos sueños por

medio de artes mágicas, lo que lo convertía en un verdadero prodigio. En la corte, Tamir era objeto de respeto y admiración debido a su gran capacidad intelectual en todas las materias, su habilidad para resolver enigmas y por ser el posible sucesor del gran sacerdote Rasaj, quien lo había protegido desde su infancia. Sin embargo, varios meses atrás, Tamir Ben Tasar había sufrido una desafortunada historia de amor con la hermana del rey Sajez. Como compensación por ese desengaño, el rey le permitió y facilitó todos los recursos para emprender un largo viaje en busca de un destino desconocido, siempre guiado por la indicación de una misteriosa estrella que aparentemente le iba revelando el camino a seguir.

—Bien, crucemos el río por allí, y será mejor que lo hagamos sin pérdida de tiempo, pues la noche está a punto de llegar —dijo el mago Tamir.

Los cuatro se dirigieron hacia aquel lugar y llegando lo cruzaron lentamente sin dificultad alguna; en esa zona el agua transcurría plácidamente y su nivel apenas superaba los cuarenta centímetros en la parte más honda. Una vez en la otra orilla, se detuvieron y acamparon cerca de la aldea, en un lugar donde también habían acampado otros grupos de viajeros cuyos destinos eran desconocidos. Pronto, como de costumbre, ya habían encendido la fogata y juntos comenzaron a compartir algunos alimentos. En ese momento eran las estrellas las que dominaban el oscuro firmamento en la depresión del Jordán. Poco después, los cuatro viajeros se sentaron alrededor de la fogata y comenzaron a conversar, todos menos Alí, el más joven de todos, quien estaba cubierto con su manto. El jovencito observó a sus compañeros durante rato y luego se dejó caer junto a ellos, quedándose profundamente dormido. Dasir miró al joven y su mente no dejaba de compararlo con su hijo mayor.

—Está muy cansado —dijo Dasir.

—Sí. Es muy joven para estos viajes —le respondió Tamir—, no sé si habremos hecho bien en traerlo.

El joven Alí se había unido a la caravana cuando esta pasó por Petra, la capital nabatea. Tras una serie de aventuras, el andrajoso

jovenzuelo se unió a ellos y escapó de la ciudad, donde era perseguido por ser un ladronzuelo.

Mientras hablaban, Hasán no cesaba de mirar al cielo estrellado. Al momento intervino mostrándose contento.

—¡Mira, Tamir! Allí está la estrella —dijo señalando la dirección.

—¿Dónde está? —preguntó de inmediato Tamir.

—Allí, ¿la ves?

—¡Es cierto! Es ella. Eso quiere decir que pronto llegaremos a nuestro destino final. Ahora más que nunca estoy convencido de que vamos por el buen camino y que nuestro destino está aquí, en Palestina —dijo el sacerdote y mago Tamir.

Al momento, por entre la oscuridad que reinaba por los alrededores del campamento apareció y se acercó a ellos un personaje desconocido; procedía de otro pequeño grupo de viajeros situado apenas a diez metros de distancia. Se detuvo y de pie se dirigió a ellos.

—Perdonad que os moleste. Me llamo Enías, y en el silencio de esta tranquila noche no he podido evitar escuchar lo que estabais hablando —dijo aquel.

Tamir le miró y, no apreciando en él nada malo, le invitó a sentarse junto a ellos.

—¡Siéntate con nosotros! —le dijo Tamir.

—¡Gracias! —respondió Enías, y realizando un ligero esfuerzo se sentó con ellos.

—¿Sabes hablar nuestro idioma? —le preguntó Tamir.

—Sí. Por mi oficio conozco el persa y algunos más —respondió el desconocido.

El hombre venía a tener unos cuarenta años, tenía una estatura baja y una constitución obesa. Su atuendo revelaba claramente su origen judío y, aunque su vestimenta no era ostentosa, su modo de comportarse y de expresarse indicaba que no era un vulgar camellero. El hombre se sentó al lado de Tamir y, haciendo un ligero esfuerzo por su prominente barriga, extendió sus manos hacia el fuego para calentárselas y luego se las frotó antes de seguir hablando.

—Permitid que me presente —dijo el desconocido—. Soy un comerciante judío y vivo muy cerca de aquí, en Jericó. Si no fuera porque me da miedo viajar de noche, a estas horas ya estaría en mi blando lecho junto a mi mujer —dijo el hombre. Se detuvo un instante y siguió hablando—: Verás, la mercancía que yo comercio va casi toda destinada al palacio que nuestro rey tiene en Jerusalén —le dijo a Tamir.

—¿Conoces al rey judío? —le preguntó impetuoso Hasán.

—¿Al rey Herodes? ¡Claro! Hay algunos productos especiales que me los pide personalmente a mí. Bien, pues veréis, hace algunas semanas estuve en el palacio real llevando algunas mercancías y me enteré de que había un huésped que procedía de un país oriental, creo que de Babilonia. El hombre dijo que era un médico y también que estudiaba las estrellas para leer el futuro; dijo que venía desde oriente siguiendo una gran estrella y que esta le llevaría a un lugar muy especial donde ocurriría un hecho realmente relevante para mi pueblo —dijo el tal Enías, cosa que alertó a joven mago Tamir. De inmediato se puso en guardia.

—¡Vaya! ¿Has oído, Tamir? Conoce al rey —dijo Hasán visiblemente emocionado.

—Sí —dijo escuetamente Tamir. No quiso intervenir, pues deseaba que aquel judío siguiera hablando.

—Cuando he escuchado que hablabais de una estrella y he visto que vosotros no sois de este país, me he dicho que seguramente también seguís el mismo camino que aquel personaje. ¿De dónde procedéis vosotros? —le preguntó a Tamir.

—Nosotros somos de Persia —le dijo Tamir y al momento se presentó—. Mi nombre es Tamir Ben Tasar y soy un sacerdote mago zoroastriano. Vengo desde Ecbatana, la capital de mi país. Viajo con el permiso de mi rey para averiguar un enigma que nos inquieta.

—¡Vaya! Eso promete ser interesante, ¿hacia dónde te diriges? —preguntó el judío.

—Pues aún no lo sé —respondió Tamir. Entonces acercó una pequeña rama al fuego mientras contemplaba fijamente sus lla-

mas—. Desde hace tiempo vengo siguiendo esa estrella, y estoy seguro de que ella me conducirá al lugar donde se producirá la gran profecía mesiánica.

El judío Enías mostró sorpresa y no apartó la mirada de Tamir. Al escuchar el breve relato que terminaba de contarle, Tamir comprendió que el tema estaba relacionado con el otro personaje que estaba en Jerusalén y con lo que los judíos creían acerca de las profecías relacionadas con la llegada del nuevo Mesías.

El hombre pareció aturdido y al poco le habló a Tamir:

—Mañana al amanecer salgo hacia mi casa de Jericó. Sería para mí un gran honor que fuerais mis invitados. Dentro de varios días tengo que marchar de nuevo a Jerusalén y entonces podrías venir conmigo; tal vez pueda presentarte a ese personaje del que te he hablado —dijo Enías.

—Si lo hicieras, te estaría muy agradecido. ¡Acepto tu invitación! —dijo Tamir. Este le miró fijamente con sus oscuros ojos y, sonriendo ligeramente, se sintió afortunado por la invitación de Enías. Allí continuaron siguieron hablando hasta que Enías se marchó; entonces se tumbaron en el suelo y se durmieron rápidamente.

Apenas despuntó el día, todos los grupos de viajeros ya estaban de pie preparándose para retomar sus respectivos caminos, algunos hacia oriente y otros hacia occidente. Pronto, los cuatro viajeros se unieron al grupo de Enías y, con el caminar lánguido que marcaban los animales, se dirigieron hacia la cercana Jericó. Aún no llevaba la comitiva dos horas de andadura, se encontraba a las afueras del gran oasis. En ese momento, Enías, montado como iba en su camello, se colocó al lado de Tamir y comenzó a hablarle.

—Ya estamos entrando en mi ciudad, la ciudad de las palmeras, donde el agua brota por debajo de cualquier piedra del desierto —dijo mostrándose muy contento. Hablando como iban, fueron entrando en ella y al principio solo veían en el oasis muchas jaimas, pero al poco se encontraron en una calle en la que comenzaban a verse casas de adobe de varias alturas y más adelante se toparon con las estribaciones de lo que era el mercado. Allí las personas

gritaban a sus anchas mientras mostraban, llevaban y traían numerosos productos y animales—. Ahora cruzaremos el mercado y al otro lado está mi casa —dijo Enías.

De repente, se hallaron en una especie de plaza donde una gran multitud se hallaba congregada alrededor de dos enormes sicómoros. En el centro de aquel bullicio había un viejo personaje místico, esquelético, con vestimenta andrajosa, que se erguía en lo alto de unas rocas y destacaba claramente sobre la multitud. Este individuo predicaba con una voz penetrante, con garra y un poder de persuasión que resultaba realmente asombrosa, admirable. Entonces Enías, al escuchar las palabras de aquel personaje, se detuvo en seco, y lo mismo hizo Tamir y el resto del grupo.

—¿Quién es ese hombre que habla con tanta lucidez? ¿Lo conoces? —le preguntó Tamir a Enías, pues en ese momento se le veía claramente interesado por lo que decía aquel individuo; al poco recibió la contestación.

—Ese hombre se llama Edomías. Es un sacerdote esenio, un profeta que lleva tiempo prediciendo la llegada de nuestro Mesías, el Esperado —le contestó Enías.

—¡Vaya! Así que ese hombre está prediciendo su llegada. Pues escuchemos lo que dice, ¿no te parece, Enías? —dijo Tamir y aquel aceptó moviendo afirmativamente su cabeza.

Edomías tenía más de sesenta años y era alto, moreno, muy delgado, calvo y con una prominente barba cana. Iba casi desnudo, solo estaba cubierto por un trozo de piel de camello y se apoyaba sobre un largo cayado. Aunque había mucha gente, los allí presentes guardaban un absoluto silencio y entonces ellos escucharon lo que decía y les pareció muy interesante.

—¡Arrepentíos, arrepentíos! Está cerca el día en que llegará el que os va a juzgar. Escuchad la palabra de Dios que llegó a nosotros a través de grandes profetas como Isaías: «Y brotará un retoño del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago sobre el que reposará el espíritu de Dios, espíritu de sabiduría y de inteligencia, de consejo y fortaleza, de entendimiento y de temor a Dios. No

juzgará por vista de ojos, ni litigará por oídas de oídos, sino que juzgará en justicia al pobre y en equidad a los humildes de la tierra. Herirá al tirano con la vara de su boca, y con el soplo de sus labios matará al impío. La justicia será el cinturón de sus lomos y la fidelidad, el ceñidor de su cintura, ¡arrepentíos!» —volvió a decir aquel místico personaje judío.

Al escuchar aquellas palabras, a Enías se le vio notablemente nervioso. Entonces se dirigió a Tamir.

—¡Marchémonos de aquí!

—No. Espera un momento, quiero escuchar lo que dice —le contestó Tamir—, lo que habla parece interesante.

Aquel esenio siguió hablando con gran garra y poder de persuasión ante la gente, que, en parte asustados, escuchaban fielmente sus predicciones; mientras los viajeros seguían sobre sus respectivas monturas.

—¡Arrepentíos! Desprendeos de las riquezas corporales de este mundo, del adulterio y del robo, y no matéis. Adorad solo a Dios y honrad a vuestros padres, y respetad a vuestros vecinos, pues pronto llegará el que os va a juzgar y los culpables serán condenados a fuego eterno. Adorad a Dios según la ley, pero no esa ley que promulgan los que se llaman sacerdotes y no son más que «hijos de las tinieblas», que sacrifican todo tipo de animales y realizan rituales basados en falsas exigencias de nuestro Dios. ¡Arrepentíos! —terminó diciendo el decrepito hombre.

El judío Enías, que seguía muy nervioso, volvió a insistirle a Tamir;

—¡Marchémonos de aquí! Mi casa está muy cerca y pronto podremos descansar.

Tamir accedió no de muy buena gana, pues se sentía fascinado por la oratoria de Edomías.

Comenzaron a caminar entre la multitud, que seguía absorta escuchando al decrepito Edomías, el esenio, el asceta, y se fueron cruzando con alguna que otra patrulla romana, lo cual era algo habitual, pues ese país también se hallaba bajo el dominio del Impe-

rio romano. A medida que avanzaban, el verdor de los palmerales, huertas con árboles frutales como el granado, la higuera y otros más, junto con las verduras, iban ganando terreno al ocre amarillento que cubría toda la depresión que rodeaba el oasis. Pronto, no tardaron en caminar sobre una calzada romana, donde algunas casas grandes que pertenecían a gente noble, baños y varios palacios muy importantes, aunque no tan grandes ni lujosos como el que tenía allí el rey Herodes, salpicaban el paisaje. Ante lo que estaba viendo, Tamir se dirigió a Enías.

—Por lo que estoy viendo, este oasis es importante —dijo.

—Así es, y ahora aún lo es más desde que hace unos años el rey Herodes el Grande mandó construir un gran palacio —dijo Enías, que al parecer no estaba muy de acuerdo con ello y continuó hablando—. Sí, hemos ganado en importancia, pero en otras... El agua de su piscina la coge de dos fuentes que brotan en el desierto, al pie de aquellas montañas —dijo Enías señalando la situación—, y esas abastecían la ciudad y nuestros huertos, y ahora... a veces se nos secan los frutos por falta de agua. ¡Mira ese huerto! Fíjate cómo están aquellos árboles; sus hojas amarillentas demuestran una carencia total de agua, y si no los riegan es porque no tienen agua; encima nos han subido los impuestos —dijo Enías—, pero, en fin, él tiene el poder absoluto sobre todo lo que ves.

Durante casi veinte minutos cabalgaron lentamente. Atrás dejaron varias casas nobles y unos baños en medio de palmeras, sicómoros y otros árboles. Se desviaron hacia la derecha y se encontraron de pronto ante un muro alto de adobe que rodeaba lo que parecía una gran hacienda.

—¡Hemos llegado! —dijo Enías—. Detrás de estos muros está mi casa.

De inmediato, uno de los camelleros descendió ágilmente de su montura y abrió de par en par la enorme puerta que custodiaba la entrada. Todos comenzaron a entrar lentamente, mientras de la casa que estaba en frente, al final de un pequeño paseo de palmeras que delimitaba unas hermosas huertas de verduras y frutales, comenzó

a salir una variopinta gente. Los muchachos se acercaron junto a los caravaneros, pero sin duda los que más destacaban eran los que se acercaron a Enías, clamando incansablemente «¡padre, padre!». Enías entró en la casa acompañado de Tamir y varios mozalbetes. Pasaron por un pequeño arco y allí le estaban esperando dos mujeres.

—Tamir, esta es mi mujer —dijo Enías, sin nombrarle cómo se llamaba. Aquellas dos mujeres vestidas al estilo tradicional judío le miraron con discreción; ambas observaron enseguida el porte y el atractivo que tenía el desconocido.

Tamir las miró e hizo una ligera inclinación de respeto, pero no dijo nada más.

—Escuchad, Tamir es mi invitado y estará en casa durante varios días hasta que nos vayamos a Jerusalén —apenas terminó la presentación, estos salieron a un pequeño jardín situado en medio de un enorme palmeral, tan intenso era que apenas la luz del sol daba en el suelo.

—Siéntate aquí, a mi lado —dijo Enías mientras se acomodaba sobre una alfombra en un lugar realmente hermoso, y Tamir lo hizo junto a él.

—Realmente es un lugar muy bello, agradable y la paz se respira con profundidad —dijo Tamir.

—¡Cierto que lo es! Pero... —Enías hizo una breve pausa para hacerse el interesante y luego dijo—: ... Aún hay un lugar que, cuando vengo de un largo viaje, es para mí el paraíso. ¡Acompáñame! —le dijo acercándose a su lado.

Los dos se levantaron y se acercaron a un lateral de la casa. Por una pequeña puerta descendieron a lo que parecía un sótano, donde nada más entrar se podía escuchar el murmullo del agua. Al verlo, Tamir ya supo lo que era.

—¡Oh! Es un baño —exclamó el persa.

—¡Cierto, es un baño! Pequeño, pero refresca... ¡hum! ¡Vamos a bañarnos! —dijo Enías.

En un instante se despojó por completo de sus ropajes, dejando ver el denso manto de vello que cubría gran parte de su cuerpo.

Con parsimonia, se sumergió en aquella acequia de agua cristalina que pasaba por el lado de la casa.

Tamir también hizo lo mismo, se sumergió en ella y al momento saboreó el placer que le brindaba después de tantos días de fatiga. Después de permanecer en ella un rato considerable, salieron y se tumbaron en el suelo, al lado mismo de la acequia. El lugar estaba enlosado con grandes piedras casi pulidas que mantenían una frescura reconfortante gracias a la escasa entrada de luz. Esta apenas entraba a través de diminutos orificios que había en una de sus paredes que conformaban un pequeño círculo iluminado.

—¿Qué te parece, Tamir? —le preguntó mientras se regocijaba.

—¡Es magnífico! Aquí el cuerpo se regenera rápidamente —dijo Tamir.

—Cierto. No es como los grandes baños que hemos pasado, con sus comodidades, sus criados y otras cosas más, pero... es mucho más fresco y limpio —dijo Enías.

De pronto, la curiosidad le vino a Tamir:

—¿De dónde viene esta agua? —le preguntó.

—Viene de un manantial que está muy cerca de aquí. ¿Sabes que debajo de este oasis hay gran cantidad de agua? —dijo el anfitrión, cosa que sorprendió a Tamir.

—¡Oh! No me lo imaginaba.

—Pues sí. Todo es debido a que el nivel de esta tierra está mucho más bajo que las colindantes. Por los alrededores hay muchos manantiales y por medio de acequias traen el agua a la ciudad, como esta. Hay otras personas que también tienen un pequeño baño, y luego esta agua se aprovecha para regar las huertas como las que tengo en mi hacienda. ¡Ah, qué a gusto estoy! —dijo Enías despreciándose sobre aquel suelo fresco.

Tamir, que también estaba desnudo, se hallaba sentado muy cerca de él. Al invadirles un pequeño silencio, se puso a meditar y de pronto le vino a la mente el personaje que hacía un rato había visto en el mercado. Entonces le hizo varias preguntas a Enías.

—Escucha, Enías..., quisiera pedirte un favor —dijo Tamir.

—Pídelo y si puedo te lo haré —le contestó muy amablemente.

—Verás, es... sobre el personaje que hemos visto en el mercado, ese tal Edomías, ya sabes —dijo Tamir y al nombrar aquel personaje vio como el rostro de Enías cambió radicalmente.

Enías se reincorporó y se sentó al lado de Tamir antes de decir una sola palabra.

—Está bien, ¿qué quieres saber de él? —le preguntó a Tamir.

—Bueno, más que de él, de sus creencias y su forma de vida. Parece un personaje muy austero —dijo Tamir.

—Así es. Enías pertenece a un grupo religioso que se conoce como los esenios. Se encuentran en muchas ciudades, y cerca de aquí, a unas tres horas de camino hacia el sur, tienen un centro muy importante. Es un lugar muy austero situado al lado mismo del mar de Lot, que se le conoce como Sekaká. La mayoría de ellos eran sacerdotes y escribas judíos que discreparon con los otros sacerdotes levitas, pues, según ellos, aquellos se desviaron de la Ley de Dios. Ellos se denominan «hijos de la Luz, y de la alianza con Dios».

—Y... ¿tú qué opinas? —le preguntó Tamir.

—Yo, pues... no sé qué decirte, amigo mío —respondió Enías, al que se le veía dudando.

—Por un momento me pareció que le tenías miedo —le dijo Tamir mientras le miraba de reojo para ver la reacción de aquel.

—¡Oh!, no... Lo que ocurre es... —este parecía titubear y tras una ligera pausa continuó hablando—: Verás, es que esa gente es muy estudiosa de la ley de Moisés; algunos de ellos han sido grandes profetas y sin duda Edomías es uno de ellos. Yo, al igual que mucha gente, creemos y respetamos lo que ellos dicen porque sin duda pronto llegará el Mesías que nos ha de juzgar —dijo todo convencido el judío.

—Y... ¿de qué vive esta gente?

—Viven de las limosnas. Desprecian las riquezas, son minuciosos en sus ritos y practican el celibato a ultranza, ya sabes... —dejó entrever el pícaro judío.

Los dos se vistieron y salieron del pequeño baño subterráneo. Entraron en la casa y se dirigieron a un espacioso salón donde se acomodaron sobre numerosos cojines que había dispersos sobre las alfombras. Ambos siguieron hablando. Al poco rato aparecieron los tres compañeros de Tamir y los dos hijos mayores de Enías, que tenían quince y dieciocho años, y se sentaron formando un círculo. Al momento, aparecieron las mujeres de la casa y comenzaron a servirles la comida. Una de aquellas era la mujer de Enías; entonces, este comenzó a preguntarle.

—Escucha, mujer, ¿sabes si el rey está todavía aquí en Jericó?

Entonces la mujer se detuvo y le contestó.

—El rey Herodes no está en Jericó. Hace cinco días que él y su corte regresaron a Jerusalén —le respondió ella.

—¡Vaya! ¡Qué fastidio! —exclamó Enías.

—¿Te ocurre algo, esposo mío? —le preguntó la preocupada mujer.

—No, nada importante, solo que tendré que ir a verle a Jerusalén. Tengo algunas cosas que entregarle, pero primero arreglaré lo mío aquí. —entonces se giró hacia Tamir y le habló—: Escucha, sé que tienes prisa por llegar a Jerusalén, pero seguro que puedes esperar dos días más en mi casa, solo dos, ¿de acuerdo? Aquí te servirán como un príncipe.

Tamir, viendo la amabilidad del hombre, no se pudo negar, y aún más después de haber pasado tantos meses caminado de un lugar a otro.

—Está bien, si solo son dos días, esperaremos —le respondió.

—¡Perfecto! Ya verás como en mi casa te sentirás cómodo, no os faltará de nada —dijo Enías—. Cuando lleguemos a Jerusalén, buscaré el modo para que puedas hablar con ese personaje que, al igual que tú, va siguiendo a esa estrella.

Al escuchar las palabras de su padre, el hijo mayor intervino con gran entusiasmo.

—¡Padre! —dijo el joven con gran respeto y esperó a que él le contestara.

—Dime, Amías, ¿qué sucede?

—Has dicho que pronto partirás hacia Jerusalén. La última vez que hablamos me dijiste que en el próximo viaje a Jerusalén iría contigo, ¿podré ir contigo esta vez? —le preguntó a su padre poniéndole en un compromiso. Entonces Enías miró de reojo a sus invitados y viéndose pillado por su hijo mayor le miró y le contestó afirmativamente.

—¡Por supuesto que sí! Te lo prometí y lo cumpliré, así que pasado mañana al amanecer saldrás con nosotros en dirección a Jerusalén —dijo Enías. Entonces cogió una copa llena de vino y mirando a sus invitados les conminó a que bebieran con él. Se sintió hondamente satisfecho cuando vio que todos levantaron su copa y bebieron con él.

Al día siguiente por la mañana, mientras Enías se dedicaba a solventar sus negocios, Tamir y sus amigos se dirigieron de nuevo hacia el mercado de aquella población. Tamir se hallaba impaciente por llegar a la zona central y una vez allí intentar hablar con Edo-mías, el esenio. Al poco rato llegaron al lugar donde aquel personaje estuvo el día anterior, pero se llevó una gran decepción cuando vio que el esenio no estaba predicando.

—¡Vaya!, qué lástima —dejó escapar Tamir.

—¿Qué hacemos ahora, señor? —le preguntó Dasir.

Tamir, suspirando hondo, dudó un instante antes de darle la respuesta.

—Vosotros podéis ir donde queráis. Recorred este gran oasis y pasadlo lo mejor que podáis. Yo me quedaré por aquí hasta que venga ese hombre. Quiero hablar con él —dijo Tamir.

—¿Y si ese hombre no viene? —le volvió a preguntar Dasir.

—Ese hombre vendrá, y si no viene yo iré a buscarle —le respondió.

—Pues entonces, señor... —Dasir no continuó hablando porque Tamir le interrumpió, pues sabía de antemano lo que este iba a decirle.

—Pues, entonces, vosotros os marcháis. Ya nos veremos en la casa de Enías.

Los tres acompañantes acataron sus órdenes y al momento se perdieron entre la bulliciosa multitud. Cuando estos hubieron desaparecido, Tamir entró en el bullicioso mercado y se refugió bajo la sombra de uno de los dos sicómoros que se alzaban majestuosamente en el lugar. Tomó asiento sobre una piedra y pacientemente aguardó la llegada de Edomías mientras observaba sin fijación a las numerosas personas que por allí andaban de un lado a otro sin rumbo fijo. El tiempo fue pasando y, al cabo de más de dos horas, la inquietud comenzó a apoderarse de él. Entonces tomó la última solución que tenía; montar en su camello y marchar a buscarlo a aquel lugar llamado Sekaká, pues tenía la imperiosa necesidad de hablar con el hombre que el día anterior le había impresionado enormemente.

Tamir cogió las riendas de su camello, que se hallaba postrado allí cerca, y cuando estaba a punto de montar en él, escuchó una potente voz que clamaba al aire y que le recordó al enigmático esenio.

—¡Arrepentíos hombres y mujeres de Jericó! El día del juicio final está cerca y los que hayan incumplido la Ley y no se hayan arrepentido, serán castigados y arrojados a lo más profundo de las tinieblas —dijo el decrepito personaje.

Al escuchar esas palabras, Tamir soltó las riendas del camello y, con determinación, se abrió paso entre la gente que se interponía en su camino. Al llegar junto al predicador, se dio cuenta de que no era Edomías, sino otro esenio que también predicaba sus mismas enseñanzas, pero no mostraba el poder de persuasión que caracterizaba Edomías. Entonces sintió una gran decepción. Tamir estuvo un momento escuchándole, y cuando vio que su audiencia se disipaba considerablemente, se acercó y le echó unas monedas en el cuenco vacío que sostenía el predicador. Luego se posicionó a unos dos metros de distancia delante de él. El esenio, al percatarse de que Tamir era el único le había ofrecido algo, lo miró fijamente. Los ojos oscuros, cristalinos y profundos del esenio se encontraron con los de Tamir; entonces adivinó que él quería hablarle. Sin

necesidad de palabras, el esenio bajó de donde estaba y se acercó junto a Tamir.

—¿Por quién quieres preguntarme, extranjero? —dijo el esenio.

Tamir, que de repente se quedó sorprendido al ver que aquel hombre le había adivinado su intención, dudó un momento, pero le habló.

—Necesito hablar con Edomías. Quisiera hacerle unas cuantas preguntas —dijo Tamir.

—Él no está aquí —le respondió el esenio.

—Y... ¿dónde puedo encontrarlo? Es preciso que hable con él.

—El maestro Edomías ha partido hacia Jerusalén, ha ido a visitar a otros hermanos nuestros —entonces el esenio notó la decepción en el rostro de Tamir y siguió hablándole—, pero si quieres que te hable del Mesías, porque... de eso es lo que quieres hablar con él, ¿verdad? —dijo el místico personaje.

Por segunda vez, Tamir se quedó sorprendido al escuchar que le había adivinado el tema, pero lo cierto era que aquel esenio no le emitía las fuertes sensaciones que había recibido el día anterior al escuchar las palabras de Edomías.

—No, déjalo... es igual —le respondió Tamir.

Tras hacerle con la cabeza una ligera reverencia al hombre, Tamir se marchó; cogió su camello y se alejó de aquel lugar mientras seguía escuchando al esenio como gritaba a la multitud: «¡Arrepentíos, hombres y mujeres de Jericó, que el día...!».

Con el amanecer, tal como habían quedado, la pequeña caravana compuesta por siete personas y catorce animales se hallaba preparada para emprender su viaje hacia Jerusalén. Rápidamente se pusieron en marcha y en cabeza de esta se situó uno de los criados de Enías. Detrás marchaban él y Tamir, los dos emparejados y hablando amigablemente. Enías aprovechaba el trayecto para describir cómo era la capital, sus habitantes y sus costumbres, y poco después, tras coger la vía romana, dejaron atrás el oasis de las palmeras y el bálsamo, y se vieron nuevamente inmersos en un desértico territorio donde el tono ocre predominaba en aquella zona del país judío.

El viaje ascendente hacia Jerusalén fue rápido, duro y sin tregua, pues el relieve era irregular, rocoso y con zonas desérticas. Durante todo el trayecto, la caravana se fue cruzando con otros grupos de viandantes, más o menos grandes, que se desplazaban como las hormigas, unos venían y otros iban hacia la capital. A medida que se iban acercando a Jerusalén, el encuentro con patrullas de soldados romanos era más frecuente. A eso de las primeras horas de la tarde fueron apareciendo zonas arboladas por acacias, cipreses, olivos y, cómo no, palmeras, y la temperatura se hizo más llevadera. Al rato, por aquel largo ascenso pasaron junto a una ladera donde abundaban los olivos y los higos, y debajo de ellos se veía gente descansando de su andadura.

—¿Falta mucho para llegar? —le preguntó Tamir.

—No, ya casi estamos. ¿Ves esa pequeña aldea? Se llama Betfagé por la cantidad de higueras que aquí abundan. Una vez subamos a la cima, ya estaremos en el monte de los Olivos, y desde allí contemplaremos la majestuosa Jerusalén. ¡Es maravillosa! —Enías extendió su mano derecha y la desplazó horizontalmente, como indicando lo que de allí se podía ver.

Y así fue. Tras pasar la aldea alcanzaron la cima del monte y al pasar a la otra vertiente todos se detuvieron en medio de la vía romana para contemplar la vista panorámica de la imponente ciudad. La tenía en frente, apenas a setecientos metros de distancia. Al contemplarla, la exclamación de los viajeros fue rotunda.

—¡Oh! Qué grande es Jerusalén y qué bonita —dijo el joven Hasán.

—No te la esperabas así, ¿verdad, Hasán? —le dijo Amías, que al momento se dirigió a su padre—. ¡Padre! Podríamos descansar un momento y desde aquí ellos podrían contemplar mejor la ciudad.

El padre miró a Tamir y, viendo que a este le pareció buena la idea, aceptó la prepuesta de su hijo mayor.

—Está bien, Amías, pero no lo hagamos largo; hemos de llegar a la posada lo más pronto posible —dijo el padre.

Al momento todos descendieron de sus camellos, se situaron sobre unas rocas que había al lado de la vía romana y entonces Enías comenzó a explicar algunas de las zonas de la ciudad.

—Desde aquí se puede contemplar casi toda la ciudad. Cada vez que vengo o me voy, siempre me detengo un instante para contemplar la ciudad de mi Dios. ¡Mira! Aquella parte más alta es el monte Moria, el lugar más sagrado para nosotros. Allí es donde se encuentra el gran templo que mandó construir Salomón para agradecer a nuestro Dios, y es todo eso que se ve ahí —dijo Enías mientras señalaba el edificio que era de los muchos que en lo alto había— y la edificación de esa esquina del muro, en cuyo alto está el sanedrín y la basílica se llama el pináculo. ¿Ves aquella fortificación de la derecha por donde pasaremos luego? Se llama la Torre Antonia y...—. Tal y como iba hablando, Enías demostraba lo enamorado que estaba de la ciudad; por la dilatación de su hablaría, la parada en el camino se alargó tanto que su hijo Amías tuvo que recordárselo.

—Padre, tendremos que proseguir el camino —dijo Amías.

—¿Qué? Ah, sí, debemos retomar el camino, pues se está haciendo tarde.

Todos subieron en sus respectivos animales y descendieron por la ladera occidental, por la vía romana que transcurría entre el monte de los Olivos y el monte de los Escándalos, camino que les conduciría al valle de Cedrón, casi enfrente del pináculo del templo. Una vez en el valle, se dirigieron hacia el norte pasando cerca de las tumbas de Absalón y Zacarías, y luego ascendieron mezclándose con otros muchos viajeros, llegando a formar una gran columna de gente. Al rato entraron en la ciudad por la puerta de oriente después de ser inspeccionados por los soldados romanos que custodiaban fuertemente aquella entrada, al igual que el resto de las puertas de la ciudad. En la parte interior, lo primero que hallaron fue una gran zona casi sin edificios. El único que había era una piscina probática donde se reunía gran cantidad de gente lisiada, cosa que llenó de curiosidad al persa.

—Enías, ¿qué ocurre en ese edificio donde hay tanta gente enferma e inválida? Parece que sea un lugar de reclusión o apartamento —dijo Tamir al judío.

—¡Oh! No, no. Esa es la piscina probática —le respondió—. Es un gran estanque que tiene funciones medicinales y religiosas, o al menos eso dicen.

—¡Medicinales y religiosas! No lo entiendo —dijo sorprendido Tamir.

—Así es, amigo mío —dijo Enías—. La salud y la vida es un regalo de Dios. «Ni cojo ni ciego entrará en mi casa» dijo el Señor, por eso los enfermos se concentran aquí para lavarse a la espera de que se produzca un milagro y sanen, así podrán entrar en el gran templo de Salomón.

Tamir movió su cabeza como sorprendido al ver el pensamiento religioso de Enías; mientras avanzaba, fue observando su construcción, que tenía cinco pórticos y eran dos recintos cuadrangulares porticados en cuyo centro se hallaban las albercas, lugar donde constantemente entraban los enfermos y se bañaban, y los más lisiados que no podían hacerlo ellos mismos eran entrados por familiares o amigos.

Continuaron adelante y pasaron muy cerca de una puerta llamada Puerta de las Ovejas, pues enfrente de ella había destinado un recinto para acoger rebaños de animales, principalmente ovejas, y el lugar era de lo más pestilente por la cantidad de excrementos que por allí había. Enías miró a Tamir y vio que, al igual que sus acompañantes, miraba el lugar del mercado, y sin esperar la pregunta, este le respondió.

—Este es el mercado de las ovejas. Huele mal, ¿verdad? —dijo Enías, cosa que Tamir corroboró—. Sí, aquí es donde se compran todo tipo de animales para luego entregarlos en sacrificio al templo. Por esa Puerta de las Ovejas se sube a él.

La pequeña caravana siguió adelante y al poco entró a otro recinto interior también amurallado, protegido por la llamada Puerta del Pescado, junto a una basta construcción megalítica llamada

Torre Antonia, donde se observaban soldados romanos por todas partes. Aquella estructura hacía algo más de treinta años que la mandó construir el rey judío Herodes el Grande y le puso el nombre de su benefactor, Marco Antonio. La torre era de forma cuadrangular, tenía cuatro torres en sus esquinas, una de ellas era más alta que las demás, y ofrecía una vista privilegiada de los atrios del templo. Se accedía por una gran escalinata y su diseño la convertía en un bastión muy difícil de asaltar.

—Esta fortaleza de nuestra izquierda ¿qué es? —preguntó Tamir.

—Se llama la Torre Antonia y es donde está la mayor concentración de soldados romanos. Sirve de vigilancia y control del templo, y de guarnición militar. ¡Es inexpugnable!

—Ya veo. Dime, Enías, ¿dónde podremos hospedarnos en esta ciudad? —le pregunto Tamir, pues veía tanta gente circular en todos los sentidos que pensaba que ese día sería difícil encontrar una hospedería para todos.

Este le miró y notó la preocupación que sentía, y medio riéndose se le contestó con su voz fuerte y cadenciosa:

—No te preocupes, amigo mío, iremos a la casa de mi hermano Matías. Aquella es muy grande y nos acogerá a todos de buen grado. Ya estamos llegando.

Avanzando lentamente por la gran cantidad de gente que había llenando las calles, continuaron por el Tiropeón y luego se desviaron hacia el barrio alto, una zona donde abundaban majestuosos edificios grandes que pertenecían en su mayoría a la nobleza judía. Pasaron justo por el lado del palacio del asmoneo, resguardado por una fuerte escolta de soldados. Aunque pertenecía al rey Herodes, aquel no solía vivir allí, pues se había hecho construir con grandes bloques de piedra un palacio nuevo en la parte alta de la ciudad desde la cual se podía divisar toda la ciudad, incluso el monte de los Olivos. Giraron hacia la izquierda y al final de la estrecha calle se encontraron de frente con una enorme puerta que daba acceso a una gran vivienda amurallada, toda ella también construida de piedra.